

Reseña. Las mil naves, Natalie Haynes

Salamandra, 2022, 325 pp.

Traducción de Aurora Echevarría

ISBN: 9788418681882

Magnífica ficción de la caída de Troya, la enésima narración de la guerra que acabó con una civilización más refinada que la de los bárbaros griegos, contada en esta ocasión desde la desgracia, el dolor y la experiencia emocional de las mujeres que la sufrieron, tanto del bando troyano como del griego, pues, como dice la autora, la guerra tiene consecuencias devastadoras para las mujeres del pueblo vencido, pero también para las del vencedor. El relato, aunque no es del todo lineal, comienza con el incendio de Troya y la huida desesperada de sus habitantes.

La novela se articula en torno a la voz de Calíope, la musa épica, que impone el relato de las mujeres al del poeta. Es la musa, es decir, la autora, la que explica que las mujeres también son protagonistas del relato épico, que son tan heroínas en su sufrimiento como los héroes caídos en la batalla. Por tanto, merecen un espacio y un aliento épico, y salir del género trágico, en donde parece que la tradición las ha mantenido recluidas. Y, efectivamente, esa mirada femenina tiene un efecto sobre el lector, al menos sobre esta lectora, habituada a muchas recreaciones de ese episodio mítico griego; se siente de manera nueva y desgarradora el dolor de estas mujeres: Hécula (normalmente llamada Hécabe en la novela), Casandra, Ifigenia, Andrómaca, Clitemnestra, Laodamía, la desconocida esposa de Protesilao, por citar algunas. Cada una con una desgracia distinta y todas merecedoras de un relato particularizado en el mosaico general de la catástrofe que supone un conflicto bélico.

Como se ha dicho, la obra lleva como eje vertebrador la voz de Calíope, que aparece de tanto en tanto para dirigirse al lector y recordarle su propósito, y, junto a esa presencia interlocutiva, escuchamos algunas voces recurrentes que tejen la historia completa del dolor de la guerra. Por un lado, está la voz del bando troyano, representado, por supuesto, por las troyanas, que, a modo de coro, toman la palabra para contar su sentir colectivo y las desgracias individuales que les acontecen, varadas junto a la playa a la espera del soldado griego que las llevará a tierra griega. También es recurrente la voz de Penélope, que, a través de distintas misivas, se dirige a Odiseo y, en la última carta, a Atenea, la diosa protectora de su marido. Pieza singular me ha resultado la reconstrucción de la muerte de Creúsa, la esposa del héroe troyano Eneas: una composición pocas veces recreada en las ficciones sobre Troya y prácticamente anecdótica en el relato de Virgilio. La autora hace suya la historia de Creúsa para ofrecer un final agónico, enterecedor y verosímil, un hallazgo narrativo impresionante. Pero, en general, todas las figuras femeninas están bien trazadas y resultan muy poderosas en sus testimonios, por muy repugnantes o incomprensibles que sean sus actos, como ocurre con el caso de Clitemnestra y Casandra, ambas hermanadas en un final que roza lo lírico.

Desde mi punto de vista, el personaje menos logrado es el de Penélope, aunque asume una voz propia y claramente irónica para con Odiseo, al que echa en cara

su gusto por las aventuras y sus deslices amorosos sin cuidarse de la angustia de su familia y sus súbditos. Posiblemente sea esa voz impostada, que discurre entre la fidelidad que se le supone y la reivindicación de la frustración que le otorga la autora, la que me ha resultado menos creíble. Encontramos otros personajes con retratos menos lucidos, como el de Helena, del que la propia autora, a través de su alter ego Calíope, confiesa que no tenía claro qué protagonismo conferirle. Forma parte del grupo de troyanas, pero se desmarca de ellas tanto ante el lector como ante su familia política por medio de su fuerza dialéctica y su atractivo sexual, que usa para salvarse de la muerte en el campamento griego. No sé si es una solución fácil, pero se explota su ascendencia divina, como hija de Zeus, de manera que su destino no parece estar en manos de los hombres.

También se deja ver algún personaje inesperado, aunque sea muy conocido, como es el caso de la diosa Eris (las diosas también pertenecen al mundo femenino de esta historia mítica). Aparece retratada como una figura en forma animal con cierta discapacidad cognitiva (rasgo que podemos aplicar a todos los dioses de la mitología griega) y, desde luego, con muchas dificultades para desenvolverse en sociedad. Estas taras explican que no fuera invitada a la boda de Tetis y Peleo o sencillamente que no se enterase del evento, lo que, vista la figura, parece lo más probable. En todo caso, es fácilmente manipulable y cae en una trampa tendida por la diosa Temis, antigua garante de la justicia y el orden, que, a petición de Zeus, propicia una guerra para descargar de peso a la exhausta Gaia: como dice el poema épico, muchos hombres sobrecargaban la superficie de la tierra y era necesario un acontecimiento de envergadura para aliviarla. Dejamos al lector el gusto de descubrir cómo se construye la red que captura a Eris.

El volumen incluye un glosario de personajes, clasificados en griegos, troyanos y dioses. Cada entrada explica los parentescos y relaciones con otros personajes, en su gran mayoría masculinos, de la guerra de Troya.

El libro se cierra con un apéndice donde se citan las fuentes clásicas en las que la autora se ha inspirado y de las que ha extraído información, desde Homero y Virgilio hasta las *Heroidas* de Ovidio, que explican las misivas de Penélope. También se nota el uso de diccionarios mitológicos que recogen las historias secundarias de los personajes femeninos incluidas en el relato (es el caso de Enone, primera esposa de Paris, y Téano, traidora a Troya), entre los que se critica con gracia feminista el de Robert Graves.

Es un libro muy recomendable porque está muy bien escrito y traducido, es sugerente, irónico y feminista; es decir, reivindica con elegancia e inteligencia la voz de aquellas mujeres que sufrieron los estragos de una guerra de hombres. Sigue la estela de otras novelas recientes que inundan el mercado editorial y que revisan los acontecimientos del mundo antiguo (y del relato mitológico) desde una perspectiva de género muy necesaria y sobre todo muy innovadora. Se trata de un fenómeno editorial que está teniendo éxito entre el público no especializado, ávido de lecturas frescas donde resuenen los problemas contemporáneos, pero también del especializado, siempre atento a las novedades. Pertenecen a este revisionismo mitológico, procedente del mercado anglosajón, como suele ser habitual en lo tocante al mundo

clásico, las dos obras de Madeline Miller, *La canción de Aquiles* (2011) y *Circe* (2018), recientemente traducidas al español; la novela *Ariadna* de Jennifer Saint, dedicada a la homónima heroína cretense abandonada por Teseo (2021), y las dos novelas de Pat Barker, centradas en el dolor de las troyanas, *El silencio de las mujeres* (2018) y *Las mujeres de Troya* (2022), por citar las más conocidas, pero no las únicas.

Rosario López Gregoris

Universidad Autónoma de Madrid

rosario.lopez@uam.es

<https://orcid.org/0000-0001-9647-2544>

Recibido el 30 de enero de 2023

Aceptado el 27 de marzo de 2023

BIBLID [1132-8231 (2023: 291-293)]